

LA RELIGION DE DON GUMERSINDO DE AZCARATE

Don Gumersindo de Azcárate nació en León el 17 de abril de 1840 y murió el 15 de diciembre de 1917. Su padre, don Patricio, médico, influenciado por el movimiento científico y religioso de principios de siglo y partidario del mismo, bajo los principios de la filosofía francesa y de la Revolución de 1789, abandonó en su fuero interno las creencias religiosas paternas, subordinándose respecto de las mismas a la prácticamente obligada hipocresía que en cierto modo imponían los tiempos.

Esa situación y actitud paterna dejó la conciencia religiosa de don Gumersindo, según sus propias palabras, «sin aquel vigor que engendra el razonamiento dirigido a afirmar la creencia recibida o a sustituirla con otra nuevamente formada»¹.

Su educación religiosa, pues, se debió, casi exclusivamente, a su madre, firme en su fe cristiana de veras, y no tuvo, hasta más tarde, otro fundamento que la autoridad, ni otra fuente que el sentimiento. «La sinceridad y el respeto —escribe— con que aquella (su madre) miraba cuanto a la religión se refería, por insignificante que fuera, por una parte, y por otra, el no haber oído nunca de labios de mi padre cosa alguna que arguyera dudas o menosprecio para la religión, antes bien, las pocas veces que de ella hablaba era en un sentido piadoso, aunque con cierta vaguedad, cuya trascendencia no podía yo entonces sospechar, hicieron que yo mirara el cumplimiento de mis deberes en toda esfera con una seriedad, que he conservado en medio de las vicisitudes por que han pasado mis creencias religiosas; así como he tenido siempre, y tengo al presente, una profunda repugnancia a todo aquello que revela un escepticismo ligero y mundanal en esta materia. Me siento inclinado a respetar hasta aquellas prácticas religiosas que me parecen absurdas, pensando en el espíritu piadoso que puede animarlas»².

Don Patricio y su familia llevaban una vida ejemplar, de sentido ético, ponderación y transigencia o tolerancia, que marcó y dejó una impronta profunda en la educación de don Gumersindo en el orden ético al igual que en lo tocante a religión.

El pensamiento de Gumersindo de Azcárate se sitúa claramente en el universo de las ideas krausistas en la España del siglo XIX, en el ámbito del krausismo originario y más inmediato, representado por don Julián Sanz del Río y don Francisco Giner de los Ríos. Evidentemente,

1 Azcárate Gumersindo de, *Minuta de un testamento*, Estudio preliminar por Eliás Díaz (Ediciones de Cultura Popular, Barcelona 1967) pp. 94-95.

2 *Ibid.*, pp. 97-98.

don Gumersindo pertenece a la promoción krausista por antonomasia, a la que centrada en torno a Giner de los Ríos, va a intentar hacer más duradero el espíritu y la obra del maestro.

El talante general del krausismo español está mucho más que en su consideración como sistema filosófico riguroso, en su actitud de *libre investigación intelectual*. Además, el krausismo, en cuanto posición firmemente espiritualista, se presenta, más allá de la ética, íntimamente vinculado a una honda y serena concepción de la religiosidad —ética y religión son dos puntos centrales, precisamente, de *La Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate—.

La citada obra nos introduce en la conciencia de un liberal sincero y de ponderado juicio, que al perder su fe católica, se ve obligado a enfrentarse con una serie de problemas íntimos familiares, sociales, en ocasiones dramáticos, delicados siempre, afrontándoles con exquisita sensibilidad, con amor y con espíritu cristiano.

Durante sus estudios nunca hizo mella en su espíritu el *materialismo*, que repugnaba con todas sus fuerzas. «Repugnábalo yo —escribe— por instinto, por educación, por mis convicciones religiosas, y hasta a causa de ciertos principios en que me había afirmado, no tanto estudiando como pensando y reflexionando, pues, siempre venía a para a esto: que el profesor que me enseñaba, conocía sin duda mejor que yo lo que en mi cuerpo pasaba; pero que en mi ser pasaban otras cosas que yo conocía mejor que él, o bien que yo sólo sabía»³.

La crisis religiosa.

El estudio de las ciencias naturales influyó en las creencias religiosas de Azcárate. El inicio de la crisis se presenta con la duda sobre la exactitud de la cosmogonía bíblica. «Y como el catolicismo —dice— es un sistema en que todo está enlazado y todo cae al suelo cuando no se cree en la inspiración divina de los libros sagrados, la primera duda que asaltó a mi espíritu me produjo como un estremecimiento general, porque vi deseguida que se trataba de lo que más importaba al hombre en la vida. Desde entonces compartía el tiempo que podía consagrar al estudio entre las ciencias, a cuya enseñanza aspiraba, y lo que puede llamarse filosofía y crítica religiosa»⁴.

Azcárate continúa el estudio del problema religioso sin lograr salir de dudas, lo que le produce una honda angustia. En medio de esta angustia le sostienen dos cosas: «una, que nunca vacilé —afirma— en punto a la existencia de Dios; otra, que nunca dejé de mirar con respeto y amor al Cristianismo. Creí siempre en Dios, no sólo por motivos de sentimiento y de educación, sino principalmente porque la dualidad de cuerpo y espíritu, ninguno de los cuales es fundamento y causa del otro, surgía para mí la necesidad de un ser que fundara a ambos. Respeté y amé siempre el Cristianismo, porque encontraba que, cualquiera que fuera la parte traída a su doctrina por los tiempos, quedaba siempre en pie su moral pura, sublime y desinteresada. Así que, en medio de

³ *Ibid.*, pp. 106-7.

⁴ *Ibid.*, p. 107.

mis dudas, yo creía en Dios, en la Religión y en Cristo, y estimando grave y delicado abandonar una fe sin previo y maduro juicio, continué practicando el culto, procurando dar una explicación racional a aquellos ritos que a primera vista me repugnaban, pues, sin esto no se habría quietado mi conciencia, y aún con ello más de una vez me mortificaba»⁵.

Esta crisis religiosa, penosa y mortificante, se agudiza por la pena y remordimiento que le produce ocultar a su futura esposa, que no tenía secretos para él, precisamente, la crisis más aguda de su vida, «la que más preocupaba a mi espíritu y más interesaba a mi conciencia»⁶. Con todo, dos razones le decidieron a mantener su silencio: la esperanza de poder superar la crisis confirmandose en su antigua fe, que era la de ella y la circunstancia de seguir practicando el culto en medio de sus dudas. Sin embargo, la preocupación por la cuestión religiosa le inquietaba ante la posibilidad de que la solución de la crisis por que pasaba su conciencia terminara sustituyendo su antiguo fe por otra nueva. «Sin embargo, con la esperanza de que tal cosa no llegara y con el ansia de unirme para siempre a la que tanto amaba, callé y contraí matrimonio»⁷.

Don Gumersindo es católico todavía, cuando contrae matrimonio con Emilia Inerarity, hija de padres católicos. La felicidad y la paz duran poco. Su joven esposa dio a luz un niño y falleció de fiebres puerperales, y también falleció el niño unas horas más tarde, el 15 de febrero de 1868. La muerte de Emilia provoca en el afligido esposo una crisis religiosa, que le lleva a perder su fe en el catolicismo y que acaba por desligarle de la Iglesia. Pérdida de una fe, difícil de mantener en un ambiente tan cargado de racionalismo y habiendo entrado en su hogar una corriente protestante a través de la segunda esposa de su suegro, viudo.

La crisis religiosa apenas si respeta a algún discípulo de Julián Sanz del Río. Rotas las ligaduras de la Iglesia católica, nada puede detenerlos en el camino del racionalismo. Unos se asen a las doctrinas de Krause; otros prosiguen por el camino del racionalismo hasta caer en el positivismo. El racionalismo, llevado a sus últimas consecuencias, conduce a conclusiones cada vez más distantes, más alejadas de toda creencia. El hombre que se lanza por ese camino, si es consecuente, llega hasta el final, donde se encuentra con el positivismo y con el materialismo. Quien se detiene en el proceso racionalista, es porque se aparta de la pendiente racionalista, porque deja de aplicar implacablemente el procedimiento racionalista en algún punto del trayecto o recorrido.

Don Gumersindo sale del camino racionalista antes de llegar a sus últimas consecuencias. Y sale movido por el sentimiento cristiano acogéndose a las doctrinas de William Ellery Channing, principalmente, para no seguir hasta la pérdida total, hasta la nada, el vacío, de los valores religiosos: sentimiento y creencia en una relación del hombre con lo divino, del hombre con Dios.

5 *Ibid.*, pp. 109-10.

6 *Ibid.*, p. 112.

7 *Ibid.*, p. 113.

Dado el carácter crítico de la época presente, en un ambiente religiosamente hipócrita, y hasta pervertido, debido a la presión misma de la Iglesia sobre la sociedad en una intransigencia e intolerancia total, la solución de sus dudas religiosas se encamina por un derrotero que no es el que él había deseado. Con ello el conflicto tan temido se agrava, pues era imposible continuar como hasta entonces, a menos de engañar a su esposa, a la que creía incapaz de falsía, y de ser ante ella y ante el mundo hipócrita —siendo sincero y amante de la sinceridad—; y además surgía la grave preocupación de la educación de los hijos.

El credo de Azcárate.

«Después de muchas vigiliias y angustias —escribe— que más de una vez me costaron lágrimas de sangre; llegó un día en que examinando serenamente mi conciencia, encontré que podía formular mi profesión de fe diciendo: Creo en un Dios personal y providente, al que me considero íntimamente unido para la obra de la vida, que por esta consideración debe revestir el carácter de piadosa, y respecto del cual me reconozco dependiente y subordinado como ser finito; siendo esta intimidad y esta dependencia el doble fundamento en que se asienta la Religión, la cual es a la vez forma de la vida toda, en cuanto nuestros actos han de llevarse a cabo en vista del destino universal y en acatamiento a las leyes y voluntad de Dios, y fin sustantivo y propio, teniendo en este sentido como manifestación exterior el culto, del cual es el elemento esencial y primordial la oración, creo en la vida futura, y por tanto en la inmortalidad de nuestro ser, de nuestro espíritu con un cuerpo, habiendo de conservar siempre el hombre su individualidad esencial, no la pasajera y temporal, debida a las circunstancias de la vida terrena; y habiendo de encontrar todos, más pronto o más tarde, según sus merecimientos, un momento en el infinito tiempo en que se regeneren y salven; creo que la providencia de Dios alcanza, con su amor, a todos los pueblos y a todas las épocas, que en toda la historia se muestra igualmente, y que preside por tanto a todas las revelaciones religiosas verificadas en la conciencia humana a través de los siglos, en las que por lo mismo hay siempre un elemento divino y eterno al lado del temporal y transitorio; creo que la manifestación más alta y más divina de la vida religiosa hasta hoy es la cristiana, en cuanto ofrece al hombre como ideal eterno el Ser absoluto e infinito, como ideal práctico la vida santa de Jesús, como regla de conducta una moral pura y desinteresada, como ley social el amor y la caridad, como dogma el *Sermón de la Montaña*, como culto la *Oración dominical*»⁸.

Conversión.

Con este credo religioso, con esta profesión de fe religiosa, don Gumersindo se *convierte* al llamado *unitarismo* y también cristianismo nacional y protestantismo liberal, punto de convergencia de la filosofía y la religión positiva, del teísmo racionalista y el cristianismo protestan-

8 *Ibid.*, pp. 116-17.

te, que tiene numerosos adeptos en Europa y más aún en los Estados Unidos, patria del célebre W. E. Channing y de Packer, donde figura como una de las Iglesias más importantes: la de los discípulos del citado Channing.

«Si el que muda de religión —escribe— lo hace de buena fe y oyendo la voz de su conciencia, su hecho es una *conversión*; si de mala y haciendo traición a su creencia, su acto es una *apostasía*»⁹.

En un viaje realizado a los Estados Unidos visitó, entre otros, el templo de los *unitarios* y afirma: «y en el (templo) de los *unitarios* encontraba yo la práctica del Cristianismo que predicara el ilustre Channing, cuyas obras habían contribuido en buena parte a fijar mis creencias religiosas»¹⁰.

Azcárate mantuvo siempre con gran energía en sus obras y discursos el título de cristiano¹¹.

Itinerario de Azcárate desde el catolicismo al unitarismo.

Don Gumersindo expone y explica el camino que desde el catolicismo inicial le condujo al cristianismo liberal acatólico. Refiriéndose a las ideas liberales, afirma: «Entre sus adeptos había unos que imbuidos en los principios de los enciclopedistas, confundían en la misma antipatía el absolutismo y la Religión; y otros que creían sinceramente en la posible armonía del catolicismo con la libertad. Yo era de éstos: así que católico y liberal, parecíame que era distinta la causa de la teocracia y la de la Iglesia, y hasta esperaba que la destrucción de aquélla había de venir en provecho y gloria de ésta. Andando los tiempos y planteándose cada día más claramente la cuestión entre aquellos dos términos, yo estudié con ardor las obras del llamado *catolicismo liberal* de Francia y Bélgica; y si bien no me satisfacían ni me sacaban de mis dudas, que trascendían a cosas más fundamentales, me era en alto grado simpática esta escuela, porque yo creía que si su sentido preponderaba, podía todavía el catolicismo servir en gran manera a la causa de la civilización. Esta esperanza fuese después desvaneciéndose hasta que el Syllabus vino a convencerme de que si erraban mis antiguos compañeros de las aulas al creer incompatible la Religión con la libertad, la misma Iglesia ha venido a declarar que lo es el catolicismo con la civilización moderna»¹².

Realmente, la publicación del Syllabus en 1864 y la declaración de la infalibilidad del Papa en 1870, cayeron como un jarro de agua fría sobre la gran mayoría de los krausistas, originando su alejamiento definitivo del catolicismo; influyendo también la inclusión en el *Indice*, en 1865, del *Ideal de la Humanidad*, de Krause. «El Vaticano I —escribe J. Jiménez Lozano— decepcionó a muchos cruelmente y la Iglesia española, con su inmenso poder político-social, llegó a hacerseles odiosa»¹³.

⁹ *Ibid.*, p. 124.

¹⁰ *Ibid.*, p. 148.

¹¹ Azcárate, Pablo de, *Gumersindo de Azcárate. Estudio biográfico documental* (Ed. Tecnos, Madrid 1969) p. 22.

¹² Azcárate, Gumersindo de, *ob. cit.*, pp. 156-57.

¹³ Jiménez Lozano, José, 'Nuestros heterodoxos de hace un siglo', en *Rev. Destino* (Barcelona, 30 junio 1966) p. 8.

Examinando la posibilidad de una religión de armonía entre Cristianismo y racionalismo, que Azcárate hizo suya y a la que aspiró toda su vida en lo hondo e íntimo de su conciencia, hace referencia a la expresión del filósofo francés Paul Janet —expresión que había hecho suya—, que dice: «Cristiano soy y cristiano me llamo, y no reconozco en nadie, absolutamente en nadie, el derecho a arrancarme ese título, porque crea en un Cristianismo sin dogmas y sin milagros»¹⁴; recuerda el unitarismo doctrinal de W. E. Channing y Parker, el protestantismo liberal y, junto a él, un racionalismo cristiano y un cristianismo racional. A este respecto, don Ramón, Obispo de León, afirma en carta a don Gumersindo de Azcárate: «Helo leído varias veces (la conferencia *La Religión y las religiones*) saboreando con fruición algunos de sus párrafos, pero no sin exclamar interiormente: ¡qué lástima que tan hermosos pensamientos floten dentro de un ambiente racionalista, que no les es propio, sino muy forastero! Porque éste y no otro es el punto flaco de su discurso que contiene observaciones muy justas y atinadas que revelan en el autor clara inteligencia, miras elevadas y nobilísimos sentimientos, con todo lo cual no es posible permanecer en equilibrio estable sobre base tan frágil, tan movедiza y tan estéril en el orden religioso moral como es el racionalismo. Dios no ha dejado la Religión y la Moral abandonadas a las solas fuerzas de la razón humana. El mismo quiso constituirse en pedagogo del hombre en un asunto cuya finalidad traspasa los límites de la presente vida. Por eso el hecho de una revelación divina y positiva no puede perderse de vista al filosofar sobre la Religión y la Moral. Yo no dudo que algunos de los conceptos emitidos en su discurso los rectificará usted mismo a medida que avance y ahonde en el estudio de la Religión Católica y de su filosofía, cuyo estudio, hecho sin prejuicios y con ánimo sincero de hallar la verdad, lleva indefectiblemente a los umbrales de la fe divina»¹⁵.

La rectificación deseada y esperada por el Obispo de León no llegará. En carta respuesta a la de dicho prelado se expresa Azcárate en los siguientes términos: «Es difícil que yo cambie ya de rumbo, porque, educado en el Catolicismo, creído y practicado por mí íntegramente, no le abandoné por virtud de una impresión pasajera, ni bajo el influjo de un movimiento pasional, sino muy despacio y pasando una crisis dolorosa»¹⁶.

«Al oírle repetir —dice el Obispo de Salamanca en carta a Azcárate— lo que ya le había oído en el Congreso (un Cristianismo o religión sin dogmas ni milagros), perdone usted, pero no puedo menos de recordar la famosa tortilla de jamón, pero sin jamón ni huevos. ...

Por lo demás, como usted es usted el racionalista menos acatólico que conozco y como después de todo, aunque con gran diferencia entre usted y yo, viene a resultar que adoramos el mismo Dios personal, adorándole usted como mejor parece a su propia razón y yo como El me dice que le adore...»¹⁷.

14 Azcárate, Gumersindo de, 'La Religión y las religiones', Conferencia pronunciada en Bilbao, el 16 de mayo de 1909. Anexo a *La Minuta de un testamento*, p. 283.

15 *Ibid.*, pp. 291-92. Carta fechada en León, el 21 de enero 1910.

16 *Ibid.*, p. 293. Carta con fecha 24 de enero de 1910.

17 *Ibid.*, p. 296. Carta con fecha 5 de febrero de 1910.

Y respecto del sentido ético que para don Gumersindo de Azcárate tiene la religión y, dentro de ella, el Cristianismo, me permito transcribir, a pesar de la extensión de la cita, los siguientes textos de su conferencia *La Religión y las religiones*, dada su capital importancia: «No apelaba (Jesús) a la Teología, ni a la Metafísica, ni a la erudición, ni a la crítica, ni a ninguna doctrina de escuela; no hablaba más que a la conciencia, que era la única llamada a responder. Sentir, amar; todo el nuevo Cristianismo consiste en eso; sentir la verdad íntima, la verdad del corazón, es decir, lo bello, lo justo, lo bueno, y amarlo en la persona de Cristo»¹⁸.

«Este Cristianismo no es el de la Teología, es aquél que dice: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial"; es el Cristianismo que dice: "Amaos los unos a los otros"; es el Cristianismo que dice: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", con lo cual rompía con todo el sentido de los códigos orientales, en los que están confundidos el Derecho y la Religión; es el Cristianismo que afirma el principio de Humanidad, no porque antes no lo hubiera dicho alguien, como Sócrates, que se proclamó ciudadano del mundo, y el poeta latino, que dijo: *homo sum et nihil a me humanum alienum puto*. Pero siempre habrá una diferencia entre una Religión y una Filosofía, por lo cual se equivocan, lo mismo los que intentan sustituir aquélla con ésta, que los que intentan sustituir ésta con aquélla; y es que la Filosofía habla a la razón, es obra intelectual, y por eso su influjo no es inmediato, sino mediato y lejano, mientras que la Religión es fruto del sentimiento y de la intuición, que mirando a la vida, se expresa en reglas de conducta. Por eso ha dicho, con razón, el autor inglés de una interesantísima Vida de Jesús: "Suprimid la muerte de Sócrates, no obstante haber sido tan dramática, y la doctrina socrática seguirá valiendo lo mismo; suprimid la vida y la muerte de Jesús, y no comprenderéis el Cristianismo".

Derivación de ese principio de humanidad, es la admirable descripción que de la Caridad hace San Pablo; ¡harto olvidada!, mejor dicho, pocas veces repetida, y eso que valiera la pena de que se repitiera, en vez de otras perfectamente inútiles, doctrina en la que, seguramente, se inspiró el autor de un rótulo que he tenido ocasión de leer hoy, al visitar encantado esos dos establecimientos de beneficencia que tanto honran a esta invicta villa. Dice así: "Si yo hablara lenguas de hombres, de ángeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena o campana que retiñe. Y si tuviera profecías y supiera todos los misterios y si tuviera toda la fe, de manera que traspasase todos los montes, y no tuviera caridad, nada soy. Y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensorbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no se goza en la iniquidad más se goza en la verdad; todo lo sobrelleva,

18 *Ibid.* Cita que Azcárate hace del filósofo francés Vacherot, racionalista, tenido por panteísta, tomada de un artículo de dicho Vacherot, aparecido en la *Revue Deux Mondes*, sobre «Orígenes y desarrollo del Cristianismo».

todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... y ahora permanecen estas tres cosas: la Fe, la Esperanza y la Caridad; mas, de ellas, la mayor es la Caridad". ¡Decidme si para muchas gentes es, en verdad, de estas tres cosas la mayor la Caridad!»¹⁹.

Y así termina Azcárate su conferencia: «Y pensando en la situación de España, en este respecto, entiendo que conviene mostrar una y otra cosa: la permanencia y la variabilidad de la Religión. Efecto de tantos siglos de intolerancia, se mantiene el fanatismo de la derecha, y enfrente de él surge el fanatismo de la izquierda; a la intransigencia de los católicos militantes, que no quieren oír hablar de catolicismo liberal ni de *americanismo*, ni de modernismo, oponen algunos librepensadores un ateísmo puramente intelectual, frío, vacío y negativo. Y como yo entiendo que la Religión es un fin permanente de la vida, pero sometido como todos los demás a la actividad humana, a la ley inevitable de la transformación, quedando siempre vivo lo esencial de ella, esto es, la dependencia y subordinación del hombre al Infinito, a Dios, y, consiguientemente, el reconocimiento de nuestros deberes, como mandamientos divinos... La Religión no consiste sólo en *confesar* artículos de fe y *practicar* ceremonias del culto, infringiendo la ley de Dios. Al hombre religioso no le basta ir al templo; es necesario que lleve altar en su corazón, y allí, en lo íntimo, en lo *escondido*, ofrezca sus obras a Dios, como homenaje, no como una profanación y un insulto. Cuando llega la noche y examina en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado *todo* el mal que en su mano estaba evitar, si no ha hecho *todo* el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad *que ha cumplido sus deberes religiosos*»²⁰.

Finalmente, y como complemento de estas esquemáticas indicaciones sobre la religiosidad de don Gumersindo de Azcárate, considero de interés presentar la definición que él dio del *clericalismo*, la *teocracia* y el *ultramontanismo*. En el discurso pronunciado en el Congreso el 14 de abril de 1902, en el debate promovido por una interpelación de Silvela sobre el programa del Gobierno, constituido el 19 de marzo anterior y presidido por Sagasta, define así los términos antes mencionados: «Pero se me dirá: ¿cómo se define el clericalismo, la teocracia, el ultramontanismo? Para mí es clerical, es ultramontano, es defensor de la teocracia, todo aquel católico que esté dispuesto a aceptar y seguir en todo y para todo, trátase de lo que se quiera, cuanto diga el Pontífice romano y los prelados. Esto pasa en España como cosa corriente. Ved los congresos católicos celebrados en España y encontraréis que esa es la base de sus resoluciones. Y, sin embargo, señores, si nuestros padres hubieran pensado lo mismo, hoy se sentaría en el trono de España, probablemente, no don Alfonso XIII, sino don Carlos, porque desde 1833 a 1839 el Pontífice romano, los prelados y el clero estaban por don Carlos contra doña Isabel. Es clerical, ultramontano, partidario de la teocracia, todo el que, a diferencia de lo que hacían nuestros antepasados, que no conocían más que un dogma católico y una moral católica, añaden a esto una filosofía católica, y una ciencia católica, y un derecho católico, y una

19 *Ibid.*, pp. 285-86.

20 *Ibid.*, pp. 287 y 289-90.

política católica, y una economía católica, y una sociología católica, y hasta una ciencia financiera católica; porque en una revista, órgano de esta tendencia en Italia, he leído que el impuesto progresional es la solución católica del problema financiero; así como la enfiteusis es la solución católica del problema agrario»²¹.

CONCLUSION

Concluyo este breve estudio con las siguientes palabras de Jiménez Landi: «Alrededor de la Institución (Libre de Enseñanza) se agrupaban los hombres más prestigiosos del liberalismo, desde Gamazo hasta Salmerón, desde Alonso Martínez a Azcárate, católicos y librepensadores. Y, a través de este grupo influyente y numeroso, la activa personalidad de Giner, secundada por sus íntimos, fue penetrando en la vida intelectual del país hasta poner en marcha no una revolución, sino más bien, una inquietud espiritual, en gran parte crítica y descontenta, que se proyectará al fin, sobre toda España»²².

Figura primaria y señera, proyectora de esa inquietud religioso-espiritual —también político-social— contra viento y marea ante un ambiente religioso-político adverso, es, sin lugar a duda, el leonés don Gumersindo de Azcárate.

CEFERINO MARTINEZ SANTAMARTA

²¹ Azcárate, Pablo de, *ob. cit.*, pp. 64-65.

²² Jiménez-Landi Martínez, Antonio, *La Institución Libre de Enseñanza* (Taurus Ediciones, Madrid 1973) p. 8.